

Tangibilidad, serialidad y diáspora en el terror del ISIS

Roberto López
Instituto de Seguridad Global (ISG)

rolotor@hotmail.com

Resumen:

Reflexión sobre diversos aspectos semiológicos, discursivos y estéticos del terror ejercido por el grupo terrorista e insurgente autodenominado ‘Estado Islámico’ (IS o Daesh). En primer lugar, el artículo se ocupa de la reinención mediática con la que esta organización incide en los contextos y las acciones comunicativas, poniéndola en relación con las referencias proporcionadas por Al Qaeda, con breves digresiones a otros terrorismos. En segundo lugar, el proselitismo y la propaganda que sus voluntarios practican en las redes sociales cibernéticas se equipara a las dinámicas y paradojas de la hiperconectividad global, concluyendo que este movimiento milenarista de retórica universalista no renuncia a reafirmaciones paralelas, particulares y locales de su identidad, especialmente en lo referido a su agenda de tangibilidad territorial.

Palabras clave: Estado Islámico (ISIS); Globalización; Thriller; Social Media

Abstract:

This brief essay is related to some semiological, discursive and aesthetic aspects of the terror made by the terrorist and insurgent group self-declared ‘Islamic State’ (IS or Daesh). Firstly, the article explains why Daesh has rewritten the media rules of terror, and deals with the repercussions in both communicative contexts and actions, linking them with the references provided by Al Qaeda and with short digressions to other terrorisms. Secondly, proselytism and propaganda supplied by IS volunteers in social networks are reduced to the dynamics and paradoxes of global hyperconnectivity, concluding that this millennial movement, which is characterised by a universalistic rhetoric, does not renounce to parallel, individual and local restatements, especially in regard to its agenda of territorial tangibility.

Key-words: Islamic State (ISIS); Globalization; Thriller; Social Media

Este artículo pretende rastrear elementos comunes relacionados con el ascenso del denominado Estado Islámico (ISIS o Daesh) mediante tres grandes vectores. El primero de ellos tiene que ver con la teatralidad de la puesta en escena de su violencia, comparando con otras escenificaciones terroristas, y con consecuencias en la obtención de territorios y otros beneficios institucionalizadores. El segundo apartado entra de lleno en la experiencia estética de esta violencia. Para ello conviene precisar la diferencia entre terror y terrorismo que maneja el texto. Por el primero se entiende la violencia con la que el ISIS intenta vulnerar la capacidad de resistencia de la población amenazada o sujeta, en los territorios que controla, así como mitigar el enfrentamiento con sus enemigos en el conflicto sirio, principalmente las tropas y milicias gubernamentales y *peshmerga* kurdos. Ejemplos son la defenestración de homosexuales locales o los degollamientos masivos de prisioneros. Por terrorismo, el artículo se refiere al elemento más mediático de la violencia política del ISIS, cuyo objetivo es incidir en la opinión pública occidental, lo que incluye especialmente atraer la atención de los jóvenes musulmanes de la diáspora occidental para su proselitismo y reclutamiento. Precisamente de estos últimos se ocupa el tercer vector de este ensayo.

La noción estética, o de ‘estetización’, utilizada tiene mucho de programática, dado que el objetivo principal del texto es poner de manifiesto las imbricaciones profundas que la violencia de Daesh mantiene con sus objetivos doctrinales y estratégicos. En ningún caso, se reduce la conceptualización de ésta a mera experiencia estética, habida cuenta de que el ISIS aspira a que los receptores últimos de sus imágenes y parafernalias de la masacre, especialmente los jóvenes musulmanes residentes en Occidente, amplíen por otros medios – que van desde la mera simpatía hasta la implicación como voluntario yihadista – el goce (estético) provocado en ellos.

PUESTA EN ESCENA, TANGIBILIDAD Y FOCALIZACIÓN TERRITORIAL

La desmesura de la violencia yihadista no había requerido hasta la irrupción del Estado Islámico de una excesiva teatralidad, una característica que acompaña al fenómeno terrorista desde sus inicios anarquistas, en las décadas finales del XIX, por la influyente teorización del siniestro nihilista Serguéi Necháyev, verdadero tratadista de la tensión dramática y del fatalismo aplicados a la puesta en escena del terror, tal y como plasmó en su *Catecismo Revolucionario*, escrito junto a Mijaíl Bakunin.

El asesinato de los príncipes herederos al trono austrohúngaro el 28 de junio de 1914 corrobora esta influencia del terrorismo anarquista. En efecto, a este magnicidio –es decir, la forma más simbólica y destilada de terrorismo– lo atraviesa una teatralidad decimonónica, propia de un sainete trágico, en el que se entrecruzan, en dos actos, la venganza y el escarmiento definitivo con la torpeza de los grupúsculos terroristas que ese día pugnaron, entre ellos, por matar a los herederos. La jornada concluye con el segundo acto, en el cual un terrorista nacionalista atentó a la manera que lo hacían los anarquistas, como una afirmación personal ante el colectivo. El destino de este acto es aciago, desencadenando concatenaciones diplomáticas en un *crescendo* de alianzas entre cancillerías y Estados mayores, que al final se desborda en una guerra de tintes industriales.

El terrorismo yihadista no ha permanecido ajeno a la inspiración secular del terrorismo anarquista. En efecto, numerosos autores y estudios ponen de manifiesto la gran cantidad de coincidencias entre ambas violencias políticas (Rapoport, 2004; González Calleja, 2009; Avilés, 2012: 227-249) No se trata únicamente de coincidencias tácticas u operativas, como las inmolaciones, los enardecimientos a atentar procedentes de figuras carismáticas y reverenciadas o la aparición de ‘lobos solitarios’, sino también similitudes en el *pathos*, especialmente en la confianza de que la masacre precederá el advenimiento de una nueva era (la revolución y la posterior sociedad libertaria o, en el caso yihadista, el apocalipsis y la hegemonía social de la *umma*).

Con todo, considerado desde la óptica argumental, al terrorismo Al Qaeda le encaja mejor la narrativa propia del *thriller*, en la que diversos planteamientos e historias convergen hacia un *tempo* final, fatídico y agónico. El filme de Paul Greengrass *United 93* (2006) es un ejercicio de virtuosismo que se revela como una prueba de este referido engranaje, máxime porque su intención de explicitar la narración de una de las tramas del atentado, respetando los cánones clásicos de unidad de tiempo, lugar y acción, no se libra de recurrir al reconocimiento implícito que cualquier espectador alberga de aquel contexto. De hecho, las autoridades norteamericanas tampoco pudieron sustraerse a dar una respuesta digna del mejor Tom Clancy, esto es, que permaneciera fiel a las exigencias del género *fiction*, con despliegues de tropas de élite y profusión de tecnologías de la información aplicadas al campo de batalla.

El 11-S supuso el desenlace, el colofón que, aunque aseguraría la conciencia pública sobre él, en realidad ponía punto final a la época dorada de las matanzas ‘impolutas’ de Al Qaeda, perpetradas en las embajadas de Kenia y Tanzania (7 de agosto de 1998) y en la destrucción del destructor norteamericano USS Cole el 12 de octubre de 2000.

Con posterioridad, Al Qaeda asesinó de una manera mucho menos ‘estética’, con abundancia de imágenes de matanzas y destrucciones masivas, como Madrid (11 de marzo de 2004) o Londres (7 de julio de 2005), aunque conservando la estructura convergente y coordinada del *thriller*. Sin embargo, en el imaginario global la impactante imagen de los aviones estrellándose contra las Torres Gemelas perdura como un terror icónico, tan aséptico que este atentado –el de más víctimas de la historia– llegará a ser calificado paradójicamente como «la más grande obra de arte jamás hecha» (Veiga, 2009: 311). Semejante apreciación vino propiciada por los medios de comunicación, los cuales no emitieron imágenes que pudieran herir o excitar el morbo de la opinión pública, tales como cuerpos destrozados y calcinados o escenas de agonía dantesca. De esta manera, la tragedia humana pasó a un segundo plano y las víctimas no pasaron de ser formas difusas que se lanzaban en caída libre, poco antes de que el *skyline* de Manhattan se modificara drásticamente (Soriano Torres, 2009: 374).

Por lo tanto, no parece descabellado afirmar que la violencia de Al Qaeda se

‘estetiza’ por sí sola, es decir, de una manera implícita. Por el contrario, el terror del Estado Islámico destaca por su monstruosidad concreta, que se particulariza en la víctima, a quien el público destinatario enseguida reconoce, porque la violencia contra ella ha venido precedida de un secuestro o una captura publicitada por todo lo alto. En consecuencia, el ISIS necesita recursos explícitos de ‘estetización’. La cámara lenta, por ejemplo, en un prurito de atractivo visual neobarroco, con abundancia de coros musicales, como si se inspirase trasnochadamente en el tándem Vangelis-Scott (*1492: The conquest of the Paradise*).

Las víctimas y la violencia mediática del Estado Islámico se caracterizan por su tangibilidad. Víctimas degolladas o cremadas en vivo, en un ejercicio de concreción que también bebe de las iconografías y las simbologías insurgentes, propias de las luchas del Tercer Mundo, lo que para muchos despistados garantiza su virilidad y antiimperialismo, como su particular *Toyota's Task Force* (TTF) que entra triunfante en cada población arrebatada, sosteniendo las banderas negras (*shahada*), donde expresa su devoción en caracteres *naïf* de color blanco.

En fin, una apuesta por lo tangible que se convierte en trasunto de la apuesta del Estado Islámico por lo formal en lugar de lo difuso, tan característico de Al Qaeda. Pese a que Al Qaeda había contado con una estrategia centralizada, territorial y expansionista hasta finales de los noventa (en Sudán y luego Afganistán), lo cierto es que el cambio a una estructura reticular, expresable en diagramas de concentración de redes, a modo de fractales, que daban cuenta de sus confusas redes franquiciadas y su flexibilidad operativa arrojó a la larga mayor eficiencia y mejor seguridad. Estas compensaciones (*trade-off*), caracterizan a cualquier organización terrorista que, al igual que otras colectividades criminales o que las modernas corporaciones y entidades societarias, optan por estructuras reticulares (Morselli - Giguère - Petit, 2007).

Con todo, lo característico de Al Qaeda radica en su sintonía con los modernos patrones organizativos de las *startups*, las estrategias de posicionamiento de la marca y los comportamientos externalizadores típicos de la Globalización.

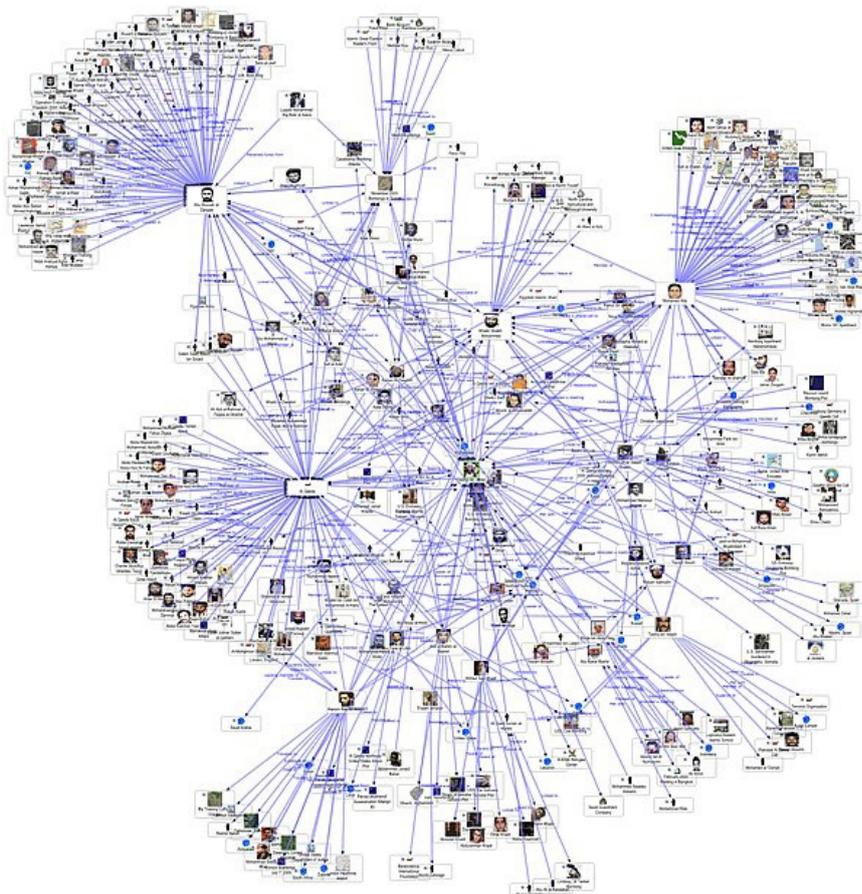
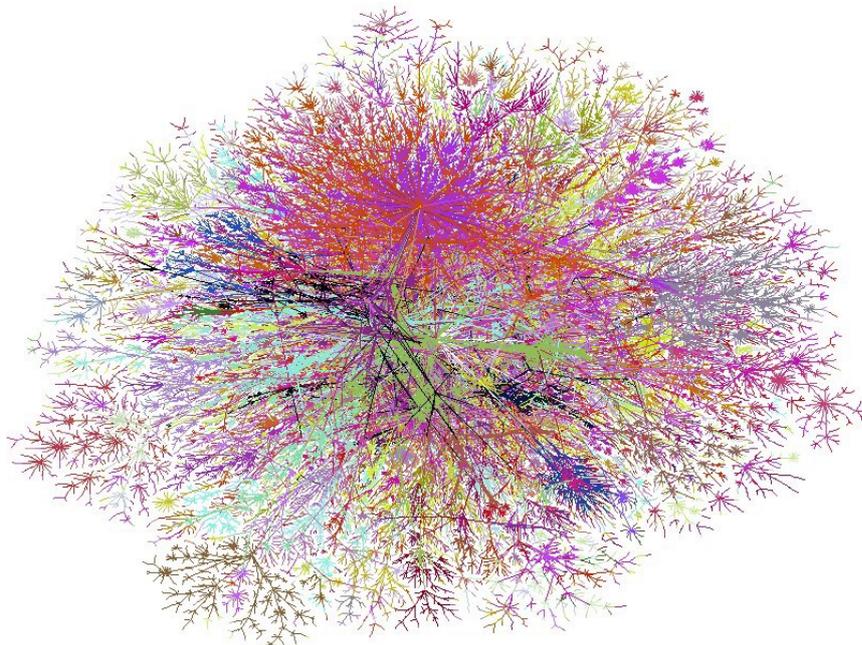


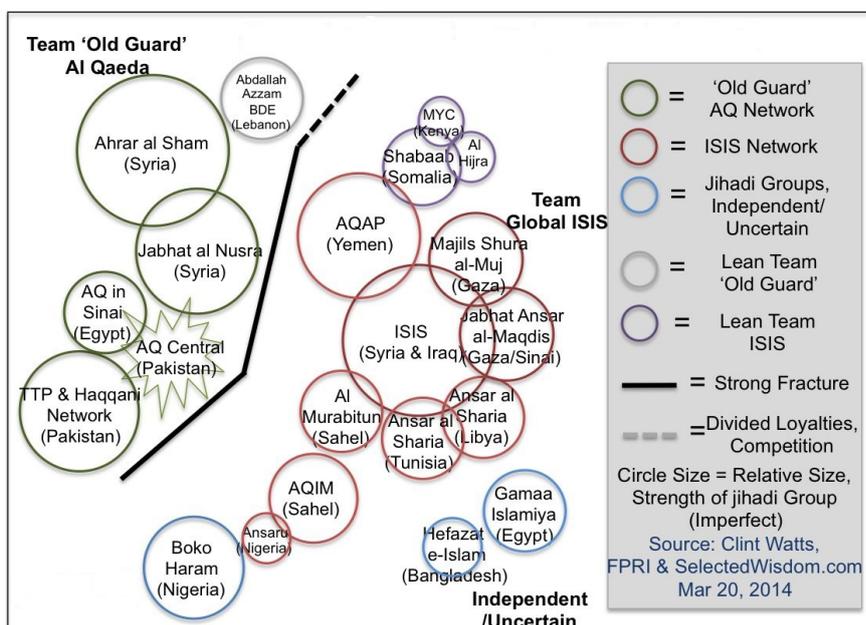
Imagen 1: Red de Al Qaeda número 1 (procedencia: web Sentinel Visualizer).

Esto ha inmunizado relativamente a Al Qaeda de las desarticulaciones policiales y militares, hasta el punto de que la forma más eficaz de destruirla ha resultado, precisamente, el empleo de los UAVs (*Unmanned Aerial Vehicles*), lo que recupera a Clancy, y añade al Frederick Forsyth de *Cobra*.

Imagen 2: Red de Al Qaeda número 2 (procedencia: web de Ben Fry).



Por su parte, el Estado Islámico necesita territorios tanto como Al Qaeda necesita santuarios (Ortega, 2015). La estética tangible del terror de Daesh se relaciona con su apuesta por lo territorial y su objetivo de materialización institucional en un mapa que se extiende progresivamente sobre los estados o territorios fallidos del Mediterráneo (Siria, Irak, Sinaí, Libia, Gaza), proyectada sobre un número indeterminado de grupos y grupúsculos, que prometen fidelidad y reproducen las marcas más reconocibles de la tradición de los voluntarios yihadistas – comenzada tras la invasión soviética de Afganistán – en sus denominaciones personalizadas que prometen fidelidad: Brigadas o Hermanos de algún mártir.



Lealtades hacia el ISIS y Al Qaeda (procedencia: Clint Watts FPRI & SelectedWisdom.com Mar 20, 2014).

SERIALIDAD TELEVISIVA Y SECTARISMO APOCALÍPTICO

El grupo y el individuo integrado en el ISIS queda inmerso en una identidad común que es, ante todo y en sí misma, yihadista, la cual no distingue entre Apocalipsis, activismo y vida privada. Esta amalgama identitaria no es ajena al fenómeno, tan afín al yihadismo, de la hiperconectividad global, con consecuencias en el exceso de representación del ISIS en forma de una variada campaña comunicativa que alberga un afán de protagonismo viral, propio de un ecosistema de marca multicanal y *online*: publicaciones periódicas, documentales y videos, *spots*, *teasers*, *nasheeds* (mensajes de audio), declaraciones, así como foros y blogs, accesibles todos ellos a través de las cuentas de la organización en las plataformas de *social media*, como Twitter, Instagram y Facebook (incluso *apps* como «The Dawn of Glad Tidings»), reiterados *ad nauseam* desde las cuentas particulares de sus integrantes y simpatizantes y proyectados sobre una audiencia global, con el objetivo de narrar los pequeños momentos del ISIS, que a su entender milenarista son los años previos a la llegada del Apocalipsis.

Los voluntarios más carismáticos que combaten en Siria e Irak participan de manera informal en este fenómeno. Para ello han creado auténticos seriales, de carácter global, consumibles a través de las actualizaciones de estado (o de *timeline*) en sus cuentas personales en las redes sociales (especialmente Facebook)¹ a las que podemos acceder para conocer sus novedades cotidianas, dramatizadas con una tensión que no tiene nada que envidiar al terror anarquista finisecular. El marco es en sí mismo digno del mejor drama: nada menos que una historia bélica. Se trata, por lo tanto, de un drama moral, con un horizonte de redención final (y global), construido con un programa narrativo en el que cada novedad disponible en sus cuentas de las redes sociales equivale a un pequeño episodio de un serial de televisión, entendido como un pequeño avance hacia la victoria final, que es también la conclusión del relato. En efecto, dado que se trata de una narrativa fragmentaria y difusa, la estructura argumental de la serie televisiva (y, por regresión, la del serial radiofónico o la del folletín decimonónico) encaja como anillo al dedo para narrar la yihad.

En la gran historia yihadista que nos detalla el ISIS, compuesta por multitud de historias personales, cada protagonista (o grupo de protagonistas) cuenta con una historicidad interna y subsidiaria de la historia principal, que en numerosas ocasiones se entroncan entre ellas mediante la mezcla de géneros, aunque priman las convenciones del *Western*. Un buen ejemplo lo encontramos en la consideración del territorio del Estado Islámico como esa tierra de promisión, donde los voluntarios y voluntarias procedentes de distintas partes del mundo encuentran emociones fuertes al servicio de la causa de Alá, convirtiendo (‘evangelizando’) a los pobladores locales, cuando no aniquilándolos. En esta frontera, los voluntarios pueden incluso hallar el amor, de manera que no son pocos los yihadistas que en sus muros de *Facebook* dan cuenta de los matrimonios celebrados, en el trasfondo de la guerra, previa promesa de fidelidad *online*. El *follower*, por tanto, no puede perderse su cita con las redes sociales, aunque a diferencia de la frecuencia propia de la teleserie, la producción se torna excesiva y compulsiva, con un alto grado de actualizaciones capaz de saciar a consumidores bulímicos, a la manera que muchos internautas consumen los citados productos televisivos.

Sin embargo, y a pesar de que la dialéctica de buenos y malos, fieles e infieles y la vulgarización de los fundamentos teológicos por parte de los combatientes refrescan constantemente la esperada conclusión final, a los productores de estos contenidos les resulta difícil que el consumidor (o espectador o *follower*) se haga preguntas y le asalten dudas sobre la inevitabilidad del triunfo de la yihad. De hecho, el carácter inconcluso del relato permite, por igual, tanto las ilusiones prospectivas como la insatisfacción y las desilusiones con éstas, lo que redundará en las analogías de la narración fragmentada de las historias de los voluntarios con las convenciones del formato televisivo. En efecto, al adoptar su estructura el metarrelato del ISIS se fundamenta, paradójicamente, en una culminación inacabada: el *cliffhanger*. No en vano, los seguidores y autores de series televisivas, conocen el ‘síndrome de la *sitcom*’ o, si se prefiere, ‘el salto del tiburón’, en virtud de los cuales las series, sus personajes y argumentos sobre todo, acaban por degenerar en

¹ Los contenidos, las cuentas personales en Facebook y los ejemplos a los que hacen referencia los siguientes párrafos han sido obtenidos a partir de la monitorización llevada a cabo por el periodista José María Gil Garre, obtenible sin coste en la web del Instituto de Seguridad Global y citada en la bibliografía. El citado autor tuvo la amabilidad de facilitarme el fruto de sus investigaciones antes de que fueran publicadas.

una colección de tics y giros absurdos. Entonces, ¿cómo previene estos deterioros el relato de la yihad?

Haciendo de la necesidad, virtud. El serial de los yihadistas en las redes sociales se beneficia del carácter típicamente inconcluso de cada uno de los episodios que forman una serie televisiva, el cual constituye el principal préstamo que ha tomado la narrativa del ISIS. De esta manera, la disposición pendiente del relato yihadista y su condición teleológica se solapan con la necesidad folletinesca de contar con giros narrativos, los cuales captan la atención de los seguidores y los mantengan en vilo en el período que media entre actualización y actualización de estado. A la vez, este recurso narrativo enmascara los posibles reveses y retrocesos en la consecución del objetivo de redención final y los disuelve en las convenciones propias del género. El serial de los yihadistas del ISIS hace prospectiva del futuro que es, a la vez, la promesa final de éste, y que está en la base de la complicidad con el público incondicional. En todas las actualizaciones de estado está presente el inexorable destino final, tal y como los protagonistas de aquellas no se cansan de repetir, cual *spoiler* o anticipo de la trama, en cada texto, en cada video o audio y, de manera más implícita, en cada foto, a la vez que permite que el visitante novel se haga una idea rápida de lo narrado.

Así, retomando el ejemplo de los matrimonios prometidos *online*, y después de muchos meses de silencio en las redes, justo cuando los seguidores (*followers*) se temen lo peor, éstos descubren que la pareja de recién casados ha sido padres y que el silencio se debía a los rigores del embarazo en tiempos de guerra (Gil, 2015: 2). Y en los días siguientes, el yihadista inunda su muro con fotos de celebración, en las que su bebé aparece rodeado de los iconos macabros del ISIS, cohesionando a la comunidad de simpatizantes globales mediante el refuerzo de sus vínculos.

De todas formas éste supone un ejemplo candoroso, por mucho que ilustre como Daesh mantiene en vilo del espectador. La estrategia más habitual consiste en emplear la pulsión al límite de los actos de terror para crear verdaderas cabriolas argumentales, fundiendo en un solo recurso el *cliffhanger* y el giro narrativo cual Scheherezade con el que sorprender a sus seguidores y, por extensión, a analistas de monitorización policial, militar y de inteligencia, así como a periodistas y estudiosos del fenómeno, seguidores de sus cuentas, abundando las imágenes y videos, inspirados en la estética de las *snuff movies* (propia de Al Zarqawi), en las que posan junto a multitud de cabezas decapitadas o realizando degollamientos (Gil, 2014 y 2015: 5).

En esto último, los voluntarios de Daesh intentan no andar a la zaga de los cánones que marca la iniciativa formal del servicio de producción y distribución de contenidos audiovisuales, con el que cuenta el ISIS y al que ha dotado de carácter ‘oficial’, procediendo de manera hartamente televisiva, a la manera de la telerrealidad, con un macabro *crescendo* tendente a la consecución ‘del más difícil todavía’ mediante actos de crueldad extrema y retorcidas formas de estremecer a la opinión pública, de factura profesional, con tecnología digital y atractivamente visual, repleta de efectos especiales y de sonido, de ralenties y cámaras lentas con imágenes de impactante plasticidad desde múltiples ángulos (Lesaca, 2015).

En cualquier caso, gracias a estos seriales improvisados, los voluntarios del ISIS maximizan sus autodeclarados ‘grandes ideales’ con los que justifican las terroríficas transgresiones que llevan a cabo en un discurso, de potente caudal retórico. Ésta alusión a las grandes causas constituye su principal baza, más incluso que sus amplias capacidades operativas y económicas, dado que crea lazos de simpatía y colaboración tácita y/o activa con su población de referencia y, respecto a la opinión pública global, conduce con facilidad a que caiga en la

tentación de ‘comprender’ al terrorista para evitar cualquier riesgo que amenace su bienestar [triunfando] una política del apaciguamiento, la perversión del lenguaje y el traslado de responsabilidades hacia causas abstractas e inmateriales. (Pendás, 2007: 232)

Es decir, permite mantener el *statu quo*. Afianza, por la vía de la inacción internacional, las conquistas territoriales del ISIS y reconoce tácitamente su presencia. En este sentido, el Estado Islámico actúa de una manera similar a otras organizaciones que emplean el terror para incidir en la población amenazada o

sujeta, en los territorios que controlan, y el terrorismo mediático para incidir en la opinión pública global. Entre los movimientos yihadistas, el ISIS tampoco ofrece novedades en cuanto a los objetivos finalísimos, aunque sí en lo que concierne a los medios, así como a la puesta en escena y la narración de su violencia, tal y como se ha visto. El Estado Islámico, como cualquier yihadismo, pretende la consecución de un futuro radiante de fraternidad universal que haga de la *sharia*, o ley islámica, la más alta ley. Es un proyecto utópico, que como las utopías de tradición bíblica, pretende recrear un momento modélico del pasado, en concreto el califato posterior a Mahoma (Gray, 2004: 13-42).

No obstante, esta explicación obliga a vueltas de rosca adicionales porque ni siquiera las lecturas más pseudoacadémicas y vulgarizadas de las teorías de la dependencia simpatizan con los objetivos de Daesh, autojustificados más en la teocracia retrospectiva que en un discurso plenamente antiimperialista, por mucho que resulte pertinente compararlo con los grupos revolucionarios y marxistizados del bagaje histórico de la Guerra Fría. En realidad, de acuerdo con Kalyvas, cabe la consideración del ISIS como una decantación heurística de la tipología clásica de grupo revolucionario insurgente (2015), pues Daesh valida dimensiones clave de éstos, tales como la captura de los corazones y mentes de poblaciones en territorios de Estados fallidos y el afán territorial mediante un Gobierno, así como el empleo indistinto y sin complejos de medios militares convencionales y asimétricos, entre ellos el terror y el terrorismo.

Con todo, la principal novedad doctrinal del Estado Islámico radica en la asunción plena, con todos los efectos, de aquello que Rapoport denomina la ‘Cuarta Oleada’ del terror (2004: 45-74). El Estado Islámico lleva al extremo su sectarismo apocalíptico. Marita Lapalm presenta severos argumentos que permiten considerar al ISIS como «the most cultish in history», cuyos integrantes «live in an imaginary world in which jihadi heroes prepare for the apocalypse» (Lapalm, 2014: 7). El periodista Graeme Wood presenta argumentos que inciden en esta visión milenarista de los objetivos del Estado Islámico (Wood, 2015), el cual se suma entusiasmado a una interpretación de un *hadiz* que asegura que la penúltima y apoteósica batalla contra Bizancio tendrá lugar en Dabiq, enclave que se encuentra en Siria. Si a esto añadimos que el mismo *hadiz* anuncia una segunda y última, aún más apocalíptica, batalla en Siria, entonces las provocaciones terroristas del ISIS se entienden como una manera de acabar con la paciencia de las opiniones públicas y gobiernos occidentales, con la intención de que deleguen las hostilidades primero en sus aliados árabes y musulmanes y, a continuación, a sus propias tropas occidentales y derrotarlas.

Una profecía que pretende autocumplirse mediante su provocación y que, de resultar ganadoras las tropas del ISIS en este hipotético enfrentamiento, el motivo se debería más a la naturaleza asimétrica del conflicto propuesto que a la providencia divina. No en vano el principal órgano de expresión oficial del ISIS es la revista *Dabiq* (y en la cual un epígrafe permanente señala a los despistados el porqué de la elección de este nombre). Sin duda, esta interpretación vulgarizada – conviene insistir, la ortodoxa para el ISIS – hace las delicias de no pocos analistas occidentales que no han leído, o lo han hecho perezosamente, a Edward Said (1990), pues invierte el discurso orientalista, lo asume como propio y, a continuación, lo lanza contra los no creyentes y presuntos enemigos de la fe.

Cabe precisar, aún más, esta naturaleza sectaria con el carácter seriado de la narración de la yihad por los voluntarios. El apocalipsis – objeto último de la teleología del relato del ISIS – deviene con facilidad en una parábola, es decir, un cuento moral, con un novedoso empaque hiperrealista, típicamente *faction*, de evidentes atractivos y fascinaciones como ejercicio de suspensión de la incredulidad llevado hasta el límite. El ISIS torna inquietante la realidad internacional, pero a la vez ofrece una oportunidad de redención mediante la adhesión personal a un proyecto idílico y emancipador de futuro: la lucha por la consecución del apocalipsis para beneficiarse del resultado posterior, profetizado. Desde luego, carácter apocalíptico y mundo imaginario son características propias de los argumentos de la ficción televisiva, lo cual constituye la premisa que evoca una relación entre la naturaleza seriada de los contenidos que los voluntarios del ISIS publican en las redes sociales y las convenciones del género televisivo.

COHESIÓN GLOBAL Y DESTINATARIOS

Esta dramatización seriada se hace eco de normas informales y trayectorias ejemplares, anunciando veladamente las puniciones en caso de desvarío, descarriamiento o deserción, amplificadas a nivel global a través de Internet. Al tratarse de una comunidad global, la red añade un hándicap, en virtud del cual los usuarios se sienten impelidos a ejemplarizar su discurso para hacerlo lo más participativo posible con el discurso hegemónico, lo cual se traduce en sujeciones e inhibiciones para sus simpatizantes y seguidores. El principal beneficiado es el propósito totalizador del Estado Islámico.

Con su retórica de terror virtuoso y estetizado, el ISIS lanza un órdago no sólo a ímpios y apóstatas, sino también a su comunidad global de referencia, concretamente a los jóvenes musulmanes de la diáspora que residen en Occidente. En efecto, los actos del ISIS no agotan su significado en su capacidad de crueldad, sino que pretenden trascenderla con la intención de que las sociedades occidentales tomen medidas estrictas, limitadoras de derechos fundamentales y libertades, las cuales afectarían a los derechos referentes a la producción y acceso a contenidos *online* y, especialmente, a la circulación de las minorías árabomusulmanes, con lo que el discurso del ISIS podría capitalizar estos recortes para ganarlos a sus objetivos desestabilizadores.

En realidad, el análisis discursivo de la retórica mediática del ISIS confirma muchos de los análisis formulados por las perspectivas socioestructurales y psicológico-organizativas en terrorismo y subversión. Esta literatura ha destacado las redes de relaciones sociales, las amistades y los vínculos que envuelven y relacionan al individuo como aquellas experiencias intensas de socialización secundaria que resultan clave para la conversión del individuo en terrorista (Reinares, 1998 y 2011). Se trata de una trayectoria muy similar, por cierto, al adoctrinamiento sectario (Corte, 2006: 271-368). Estas experiencias asociativas añaden valor e intensidad a la identificación y al compromiso personal con la ideología y objetivos del grupo terrorista y/o sectario. Como resultado, la cohesión intragrupal se convierte en la experiencia legitimadora clave para los miembros o, con carácter anticipatorio, para los internautas que desean afiliarse al ISIS.

En este extremo, el Estado Islámico actúa como cualquier otro movimiento terrorista, dotándose de una identidad política que estimule en sus destinatarios y usuarios unas sugerencias atractivas, ancladas en un agravio movilizador, en su caso de naturaleza global. De hecho, el movimiento yihadista se ha revelado como un experto a la hora de incidir en los contextos de las acciones comunicativas mediante la adecuada comprensión de los intereses, aspiraciones y las frustraciones de los jóvenes musulmanes que residen en Occidente, bien por nacimiento o por emigración. De acuerdo con Peter Waldmann, la radicalización yihadista de estos jóvenes constituye «una forma de hacer frente a la situación planteada por la diáspora» (Waldmann, 2010: 2), la cual afecta a jóvenes musulmanes de fuerte occidentalización, y que se hallan en un profundo desarraigo y enajenación social, en congruencia con aquello que se ha denominado ‘diáspora metafórica’ o ‘espacios de diáspora’ (Knott - Mc Loughlin, 2010: 175, 271-273).

Así, estos rigores pueden ser conjurados mediante el anhelo por pertenecer a un grupo de iguales, con su promesa de camaradería y ‘aventura’ de marcadas tendencias subversivas. Un grupo y unos ‘hermanos’ que prometen un futuro utópico de hermanamiento fraternal y de renovación redentoria, que rechaza la sociedad de acogida, y que justifica a sus ojos la violencia contra ésta debido al trato discriminatorio ofrecido, como un último recurso contra las injusticias, los agravios y los valores supuestamente amenazados de la comunidad referenciada en la *Umma*, un concepto de fácil asimilación por la cultura digital global, hasta el punto de arrogarse la función vanguardista y martiroológica de ésta. Aquí radica el atractivo que despierta el ISIS entre los jóvenes musulmanes de la diáspora occidental. De esta manera, el viaje hasta la frontera turca con Siria y, de ahí, a los territorios donde campan los voluntarios, cobra el valor de una expedición iniciática a un territorio fronterizo y de rudeza extrema, tocado del *glamour* que conlleva protagonizar en primera línea de batalla nada menos que el apocalipsis. Puro *Western*.

La conversión a una práctica fundamentalista de la religión islámica, la cual

en la mayoría de las ocasiones, había sido una completa desconocida para los nuevos integrantes, acompaña este proceso y añade un plus de intensidad mística y mesiánica a las intensas interacciones recíprocas que viven los voluntarios en pos de una experiencia auténtica de su recién adquirida fe, y que sustituya a la vida despersonalizada, repleta de exclusiones y marginación en Occidente. De ahí que, en una actualización de Omar Calabrese, cuya obra *La Era Neobarroca* inspira este artículo, se puede afirmar que la desmesura del ISIS atrayendo a su *yihad* a voluntarios de todas las ciudades del mundo, guarda paradójicamente más coincidencias con ciertos peregrinajes ritualizados, como el de los fans musicales o los hinchas futbolísticos, que con el ritual y anual de La Meca (1994: 80).

CONCLUSIONES

1) La focalización de la *yihad* global en un territorio. En efecto, la expresión del poder mediante una agenda global constituye la principal finalidad del Estado Islámico. Esto, irónicamente, le obliga a depender algo tan local como una legitimidad de tipo telúrico, en forma de proyecto territorial devenido el trasunto de la patria etérea del retorno para los simpatizantes de la diáspora. Esto explica sus esfuerzos por focalizar la utopía islámica en una especie de retaguardia expansiva localizada en una región carismática para los sunís, fácilmente identificable por su historial de injerencias occidentales, la apostasía de sus gobernantes y por reproducir el califato omeya de Damasco. Sin embargo, su territorialidad no convierte al ISIS en un fenómeno menos global. Más bien todo lo contrario, dado que verifica la paradoja de la globalización, expresable en la máxima 'piensa globalmente; actúa localmente'.

2) «La serialidad va muy bien para el control social», de acuerdo con Calabrese (46). Esta narrativa televisiva de la *yihad* se dirige, en particular, a los potenciales seguidores de la diáspora musulmana, mediante un lenguaje que los introduce en la guerra con familiaridad hiperrealista. El exitoso deslizamiento de jóvenes nacidos o criados en las sociedades abiertas occidentales hacia un modelo político tan fuertemente ideologizado como el Estado Islámico constituye, en buena medida, un fenómeno estético entendido como una posibilidad de acción táctica, que lleva al extremo la tradicional opción por vestimentas, rituales y comprensiones del mundo simplificadas y vulgarizadas, según las categorías de determinadas 'tribus urbanas', de muchos jóvenes en situaciones de alienación.

3) El terror del Estado Islámico, pese a su desparpajo mediático y virtuosismo estético, se antoja en el fondo de lo más clásico, esto es, una estrategia extrema de incidir, condicionar o transformar las actitudes de la opinión pública y la comunidad de referencia para que actúen de acuerdo a los intereses maximalistas del grupo en cuestión, al tiempo que reclama la atención de aquellos para sí. Un terror mucho más convencional que el de Al Qaeda, experta en una violencia política sin finalidades concretas y de amenaza difuminada, que incluso encontraba en la venganza y el ajuste de cuentas algunas de sus motivaciones (Reinares, 2014), radicando las principales innovaciones del ISIS en la vertiente comunicativa y propagandística, muy en consonancia con sus logros territoriales y expansivos, más logrados por la vía (para)militar que la terrorista.

BIBLIOGRAFÍA

- Avilés, Juan (2012), «Terrorismo anarquista y terrorismo yihadí: un análisis comparativo», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 27, pp. 227-249.
- Calabrese, Omar (1994), *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra.
- Corte, Luis de la (2006), *La lógica del terrorismo*, Madrid, Alianza.
- Garre, Gil (2014 y 2015), *Nuestros Jihadistas*, Instituto de Seguridad Global, 4 volúmenes.
- González Calleja, Eduardo (2009), «Las oleadas históricas de la violencia terrorista: una reconsideración», *Revista de Psicología Social*, 24, 2, pp. 119-137.
- Gray, John (2004), *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*, Barcelona, Paidós.

- Kalyvas, Stathis (2015), «Is ISIS a Revolutionary Group and if Yes, What Are the Implications?», *Perspectives on Terrorism*, 9, 4.
- Knott, Kim - Mc Loughlin, Seán (2010), *Diasporas: Concepts, intersections, identities*, Londres, Zed.
- Lapalm, Marita (2014), «Concerning Features of an Apocalyptic Cult in the Islamic State of Iraq and the Levant (ISIL)», *Foreign Policy Journal*, 28 de octubre.
- Lesaca, Javier (2015), «Los guionistas del ISIS», *El Mundo*, 12 de julio.
- Morselli, Carlo - Giguère, Cynthia - Petit, Katia (2007), «The efficiency/security trade-off in criminal networks», *Social Networks*, 29, 1.
- Ortega, Andrés (2015), «El califato, una idea con territorio», *Global Spectator*, Real Instituto Elcano, 7 de julio.
- Pendás, Benigno (2007), *Teorías Políticas para el siglo XXI*, Madrid, Síntesis.
- Rapoport, David (2004), «Las cuatro oleadas del terror insurgente y el 11 de septiembre», en Reinares, Fernando - Elorza, Antonio (eds.), *El nuevo terrorismo islamista. Del 11-S al 11-M*, Madrid, Temas de Hoy, pp. 45-74.
- Reinares, Fernando (1998), *Terrorismo y Antiterrorismo*, Barcelona, Paidós.
- Reinares, Fernando (2011), *Patriotas de la muerte quiénes han militado en ETA y por qué*, Madrid, Taurus.
- Reinares, Fernando (2014), *¡Matadlos! Quién estuvo detrás del 11-M y por qué se atentó en España*, Madrid, Galaxia Gutenberg.
- Said, Edward W. (1990), *Orientalismo*, Madrid, Libertarias.
- Soriano Torres, Manuel R. (2009), *El eco del terror. Ideología y propaganda en el terrorismo yihadista*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Veiga, Francisco (2009), *El desequilibrio como orden: Una historia de la Posguerra Fría 1990-2008*, Madrid, Alianza.
- Waldmann, Peter (2010), «Radicalización en la diáspora: por qué musulmanes en Occidente atacan a sus países de acogida», *Documento de Trabajo*, 9, Real Instituto Elcano.
- Wood, Graeme (2015), «What ISIS Really Wants», *The Atlantic*, March 2015 Issue.